

Seix Barral Biblioteca Breve



**Kirmen Uribe**

La hora de despertarnos  
juntos





**Seix Barral** Biblioteca Breve

---

**Kirmen Uribe**  
La hora de despertarnos  
juntos

Traducción del euskera por  
J. M. Isasi

---

Título original: *Elkarrekin esnatzeko ordua*

© Kirmen Uribe, 2016

Publicado de acuerdo con Pontas Literary & Film Agency

© por la traducción, José María Isasi, 2016

© Editorial Planeta, S. A., 2016

Seix Barral, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

[www.seix-barral.es](http://www.seix-barral.es)

[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

Diseño original de la colección: Josep Bagà Associats

Primera edición: noviembre de 2016

ISBN: 978-84-322-2977-0

Depósito legal: B. 20.578-2016

Composición: Àtona - Víctor Igual, S. L.

Impresión y encuadernación: CPI, Barcelona

*Printed in Spain* - Impreso en España

El poema que aparece en la página 65 es «La buhardilla», en la traducción de José Coronel Urtecho y Ernesto Cardenal, de la *Antología* de poesía de Ezra Pound publicada por Visor en 1983.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

---

**9** *Primer recuerdo de Karmele Urresti*

PRIMERA PARTE

1927-1943

- 19** Noche de artistas en Ibaigane
- 45** Imágenes de París
- 77** Amor en Belloy
- 115** El diario de la Quinta Avenida
- 151** Lluvia en Caracas

SEGUNDA PARTE

1943-1950

- 183** Regreso a Antsosolo
- 209** Darío Landa
- 243** El verano más corto
- 271** Días de cárcel
- 299** Un regalo no abierto

---

TERCERA PARTE

1951-1979

- 311** Casa vacía  
**337** El reencuentro  
**353** Años felices  
**383** Paisaje con niebla  
**409** Libro caído
- 427** El final (2011)
- 439** *Nota del autor*

---

## PRIMER RECUERDO DE KARMELE URRESTI

### 1

Algunos relatos conviven en la cabeza del escritor durante largo tiempo, años incluso, antes de salir a la luz. En ese intervalo, la mayoría de ellos se malogran, allí mismo, extraviados entre las profundidades del cerebro, sin cobrar vida, pero unos pocos, no obstante, perduran latentes para siempre.

Éste es uno de esos relatos.

Sobre la familia Urresti había oído hablar a menudo en casa; a fin de cuentas, Ikerne Letamendi Urresti era de la edad de mi madre y amiga suya desde la infancia, a raíz de los veranos que compartieron durante las vacaciones escolares que Ikerne pasaba en Ondarroa. Mi madre me contaba que en aquellos días de posguerra los libros suponían un lujo que en su familia no se podían permitir, pero que ella se las ingeniaba para leer

---

en la casa de Antsosolo, donde Ikerne veraneaba con sus abuelos. Si las amigas quedaban a primera hora de la tarde para salir a la calle, ella se presentaba en el domicilio de Antsosolo con bastante antelación, y así los abuelos de Ikerne le solicitaban que, por favor, pasara al salón y aguardara allí a que su nieta terminara la comida. Entonces mi madre escogía un libro de la biblioteca y dedicaba esa media hora a la lectura.

Recuerdo bien el día, durante mi época de estudiante universitario, en que Ikerne, acompañada de su madre, Karmele Urresti, nos visitó en nuestra casa familiar de Ondarroa. Ikerne conocía mi inclinación literaria y había animado a su madre a que me narrara episodios de su vida, a sabiendas de que a mí me encantaban esa clase de historias. A pesar de su avanzada edad, Karmele me pareció una mujer elegante y de inteligencia lúcida, pero confieso que, siendo yo tan joven como era entonces, uno vive más pendiente del porvenir que del pasado, y la verdad es que me perdí entre tantos y tantos datos, fechas y nombres que Karmele mencionaba. Si tengo tan presente aquella visita es porque ahora me arrepiento de no haber ahondado con mayor curiosidad y atención en la vida extraordinaria de aquella mujer cuando todavía conservaba sus plenas facultades mentales.

Así y todo, no hay duda de que se me quedó grabado el trasfondo de aquella conversación y, con

---

el paso de los años, lejos de olvidarme, aumentaron mi interés y preocupación al respecto, sencillamente porque comprendí que las vivencias de Karmele, todo lo que le pasó, aquella época, aquel contexto, formaban parte también de mi propia historia y subyacían en el origen de lo que yo soy, la semilla de mi identidad. Como suele afirmarse, no somos seres aislados, sino hijos de nuestro tiempo, de nuestra educación, de nuestra cultura, pero también, del mismo modo, hijos del pasado.

Una última anécdota también guarda relación con la génesis de esta novela. Hará unos cuantos años que mi mujer me enseñó una fotografía del equipo de fútbol con el que jugaba de niña en la playa, durante la marea baja, como era habitual en los pueblos de costa. Una fotografía de la década de los ochenta, y aunque no habría cumplido ni los diez años, la identifiqué enseguida entre sus compañeras, con un balón entre las manos, sonriente. En la imagen, detrás del equipo que posaba sobre la arena mojada, llamaba la atención el muro del muelle tan repleto de pintadas reivindicativas, algo tremendo. Me pregunté a mí mismo cómo pudimos ser felices en medio de un territorio marcado a sangre y fuego por la tensión política.

No fue hasta el año 2010 cuando me convencí de que debía escribir un libro basado en la vida de Karmele Urresti, su familia y su generación. Y aunque mientras tanto haya terminado y publicado otra novela, desde aquel momento exacto en



---

que, durante un viaje en tren de Boston a Providence, me asaltó este propósito, no he parado de darle vueltas al relato ni de recabar información mediante entrevistas e investigaciones.

Thomas Mann afirmaba que para mostrar la verdad sobre un acontecimiento era necesario que transcurrieran años desde los hechos o, al menos, que la propia sociedad hubiera evolucionado lo suficiente hacia una nueva época.

Aunque tal vez no se haya cumplido del todo ninguno de estos dos preceptos, siento que la fase previa de documentación ya ha concluido y que ha llegado la hora impostergable de que, a mi manera, reconstruya el pasado.

La vida de una familia, sí, pero también, ¿por qué no?, la historia de todo un pueblo.

## 2

A finales de marzo o comienzos de abril de 1953, siempre según los testimonios, Karmele Urresti acudió por última vez al colegio de las Mercedarias Misioneras de Berriz. La primavera llegó tardía ese año, como ocurría con frecuencia, y después de casi cuarenta días de lluvia ininterrumpida por fin escampó y se despejó el cielo. Tan pronto como el tenue calor del sol disipó la niebla matinal, el resplandeciente verdor de los prados se apoderó de todos los rincones.

---

Karmele recorrió a pie el camino desde la estación y, mientras subía por una de las cuestas, se detuvo un instante y contempló el paisaje que se extendía bajo el monte Oiz. Le pareció, sin remedio, abrupto y salvaje. Entre los peñascos de las lomas se difuminaban las últimas nubes de bruma, poco a poco, con la misma sutileza con la que la esquina de una sábana descubre el vientre desnudo. Trató de animarse y pensó que aquél tal vez no era un sitio tan inhóspito para su hija como se figuraba.

Mientras tanto, Ikerne, su primogénita, había ido a pasear por los alrededores del convento junto con el resto de sus compañeras. Salieron por la mañana del edificio, cruzaron el puente sobre el río y de inmediato adelantaron a la monja que las cuidaba y se desmandaron monte arriba. Las colegialas ansiaban jugar al aire libre, después de un largo invierno de recreos bajo techo.

La silueta blanquinegra de una segunda monja apareció de improviso por uno de los senderos. Avanzaba hacia las chicas y gritaba «Visitación» a cada paso. Ikerne sabía que la llamaba a ella, pero no hizo ni caso y continuó divirtiéndose como si no hubiera oído nada. «Me llamo Ikerne, no Visitación —murmuró con amor propio—. Ikerne.»

La monja la alcanzó, la agarró del hombro y le informó: «Visitación, tu madre ha venido a verte». Tan pronto como recibió la noticia, la muchacha corrió ladera abajo, lo más rápido que pudo, y entre la emoción y los tumbos, las gafas se le cayeron

---

al suelo, sobre la hierba. A través de los cristales, las brizas parecían del tamaño de hojas de mazorcas.

No había visto a su madre desde las vacaciones de Navidad. A la felicidad por el reencuentro se le unió de repente la inquietud de un mal presagio, el temor a que una visita tan inesperada y en día laborable se debiera a alguna desgracia. Se moría de curiosidad. A toda prisa se cambió las botas y bajó de un salto a la sala de visitas. No quería perderse ni un segundo. Entró en la estancia y allí la aguardaba su madre, esbelta, vestida de negro de los pies a la cabeza. La oscuridad de la vestimenta acentuaba la tristeza de su mirada.

Al principio charlaron sobre la familia y Kar mele le habló de los abuelos y también de la tía Anita, a quien tanto quería Ikerne. Más tarde, recogió con ternura un mechón rubio que le caía a su hija por la frente y le anunció:

—Ikerne, no vamos a vernos durante un tiempo.

—Sí, ya lo sé, hasta las vacaciones de Semana Santa.

—No, más aún. Aquí no encuentro trabajo y me marcho a Venezuela.

—¿Volvemos a Venezuela? ¡Qué bien! —exclamó Ikerne, llena de alegría.

Había vivido en Venezuela de muy niña, tan sólo hasta los tres años, pero todavía conservaba algunos gratos recuerdos del país sudamericano: el calor, ciertas plantas y animales exóticos, la playa donde jugaba con su padre... De su casa de Ca-

---

racas se acordaba de un perro que se llamaba *Txi-no* y de cómo una vez le mordió a Txomin, su hermano pequeño. Su madre habló de nuevo y su voz seria se clavó como una dentellada sobre la dulzura de sus recuerdos.

—No, Ikerne, no. Voy sola. Vosotros os tenéis que quedar aquí, de momento. Pero pronto nos juntaremos otra vez la familia, los cuatro: tus hermanos Txomin y Patxi, tú y yo. Hasta entonces nos escribiremos cartas. Te he traído un lápiz, sobres y sellos.

Ikerne se levantó de la silla, enfadada.

—Primero se marchó *aita* y ahora tú. Os odio. Su madre mantuvo la firmeza.

—Txomin se ha portado mejor que tú, y es más pequeño —le reprochó.

Ikerne rompió a llorar.

—Por lo menos déjame ir al puerto de Santurtzi a despedirte —le rogó entre sollozos.

—No es posible, Ikerne.

La madre le enjugó las lágrimas con su pañuelo de hilo y se lo guardó en el bolsillo. Aquella noche la hija se durmió con la memoria indeleble de ese perfume sobre su rostro.

A los pocos días, Karmele Urresti embarcó en el *Marqués de Comillas* rumbo a Venezuela. Viajaba sola y dejaba a sus hijos mayores en el internado y al más pequeño con sus abuelos, en Ondarroa. La madre partió al amanecer y, a la misma hora que sonaba el bocinazo del transatlántico,

---

repicaban las campanas del convento y llamaban a misa a su hija.

Tras la eucaristía, las colegialas se alinearon para recibir la comunión. Ikerne era la última de la fila. El capellán se quedó de piedra cuando le llegó su turno. La muchacha había pegado los sellos en los cristales de las gafas, con la cara de Franco garabateada y cabeza abajo.

—Visitación, pero ¡qué irreverencia es ésta! Al caudillo se le debe un respeto.

La madre superiora se acercó y la agarró con violencia del brazo.

—Maldita jovenzuela. Lo pagarás caro, ya verás.